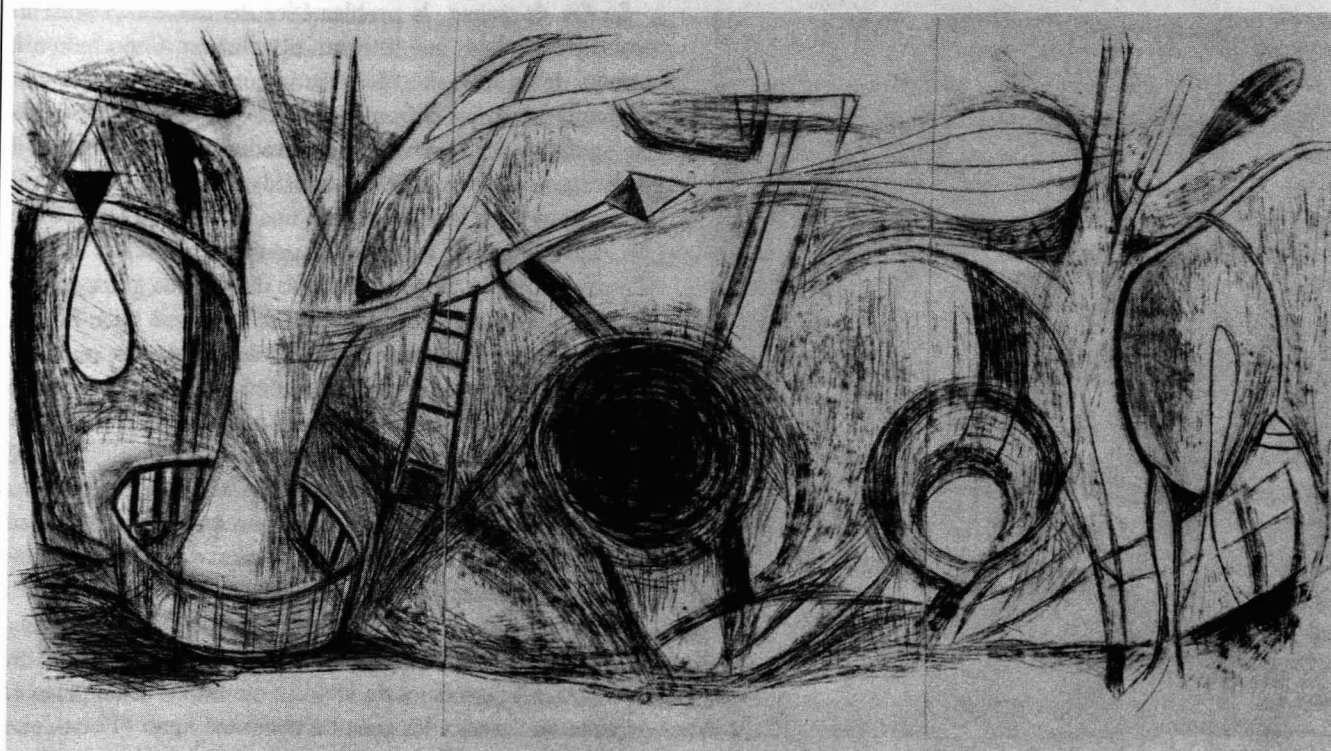


Claudia Albarrán

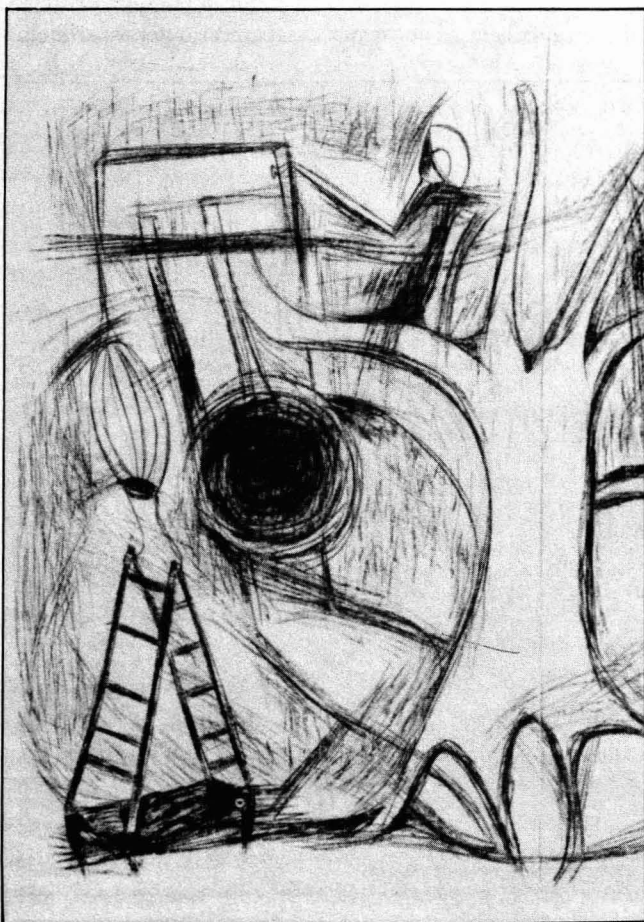
## Juan Vicente Melo: signo y repetición

Si nos detenemos un momento en la *Autobiografía* de Juan Vicente Melo, encontramos que su vida está misteriosamente marcada por la repetición; en ella confluyen por lo menos tres caminos, dos de ellos –la medicina y la escritura– trazados en forma significativa por las generaciones que lo antecedieron. El tercero, sin embargo, lo hace víctima de un destino personalísimo, exclusivamente suyo: su signo zodiacal es Piscis con ascendente en Piscis: “Nací –explica Melo– el primer día de marzo de 1932. Todos los horóscopos registran que, en ese día, rige el signo de Piscis y los Piscis, dicen –y estoy de acuerdo–, son nefastos, gustan de decir mentiras. Están destinados a diversos oficios y su configuración astral es doble: dos peces que se abrazan en sentido inverso: la cabeza de uno corresponde a la cola de otro y viceversa. Signo de agua, disolución, habitación en las profundidades. Signo de la movilidad, de la inconsistencia, [de] lo que nunca permanece quieto, la ola.”

Los dos peces que se miran en el signo funcionan como espejos enfrentados: uno es la imagen del otro que, a su vez, es su imagen repetida. Esta repetición y esta otredad que emanan del horóscopo de Melo permean también su obra, recorrida por infinidad de signos, de señales que, por efecto de aliteración, adquieren un nuevo sentido en los protagonistas de sus historias. Las palabras y los nombres que ellos pronuncian repetidamente, las melodías que escuchan y tararean, los espejos en los que se ven reflejados, la escritura invisible que sus dedos trazan sobre la mesa o sobre el cristal de la ventana no tienen un valor intrínseco sino en la medida en que acusan una participación con el otro, con esa otredad conflictiva que, al ser invocada, despierta de su escondrijo. Las primeras semillas de estos rituales cotidianos que en relatos posteriores alcanzan la fuerza de las ceremonias religiosas las encontramos en algunos cuentos de *La noche alucinada*, libro que, a pesar de los repetidos esfuerzos de su autor por desaparecerlo del mapa litera-



rio, fue reeditado por la Universidad Veracruzana en 1985 y que, según el propio autor, no formará parte de la nueva edición de sus obras que actualmente prepara la editorial Era. Aunque, ciertamente, *La noche alucinada* es un libro de juventud, en él asistimos a un abigarrado mundo de espacios, voces y gestos, en el que se mezclan hasta confundirse los nombres, los rostros, los sexos, como en una especie de carnaval orgiástico. Pienso, sobre todo, en dos relatos: "Tarántula" y "Estela". En el primero, de evidente influencia kafkiana, el hombre-tarántula condensa en una frase el delirio persecutorio de muchos otros personajes de Melo (recordemos, por ejemplo, "El día del reposo" o *La obediencia nocturna*) que son, a la vez uno y su doble: "El del espejo soy yo, y yo soy el otro", dice el hombre-tarántula. A esta imagen del yo desdoblado, fragmentado, Melo irá añadiendo, en cuentos posteriores, un complejo juego de voces narrativas, de reiterados movimientos corporales, de tics, de horas y días precisos que, al pronunciarse con la exactitud de un reloj, darán mayor densidad al desdoblamiento de los personajes. La Estela de *La noche alucinada* da cuenta del enriquecimiento que la figura del doble comienza a adquirir en la obra de Melo. En este relato, Xavier o Roberto mira en el espejo —como todos los lunes a esa hora de la tarde— los múltiples rostros de Estela, pero, en realidad, el espejo no refleja la imagen de la mujer sino el rostro alucinado del que mira. Se trata de un relato sumamente complejo, en el que Juan Vicente Melo logra dibujar los rasgos del esquizoide, esa figura evanescente, inasible, que alcanza su expresión más acabada en *La obediencia nocturna*, pero que también está presente en los otros dos libros de cuentos.



En *Los muros enemigos* nos encontramos con otra innumerable serie de repeticiones sólo que, en esta ocasión los movimientos que algunos personajes realizan tienen el poder de un rito religioso. Así como los fieles asisten los domingos al ritual de la misa con el objeto de invocar a Dios —ese gran ausente—, el médico del cuento "Estela" de *Los muros enemigos* lleva a cabo todos los lunes una ceremonia onanista en la que la mujer es también la gran ausente. Las letras del nombre —Estela— reproducen simbólicamente esta ceremonia que se inicia en el consultorio del médico y culmina en el pequeño santuario —el baño— que ha sido preparado para invocar a la divinidad. La escritura que el dedo índice del médico dibuja sobre el escritorio imita el movimiento ascendente y descendente del nombre de la mujer que, a la vez encuentra eco en el subir y bajar del rastrillo por la barbilla del protagonista. Simultáneamente a estos tres movimientos, el médico pronuncia la palabra mágica, el nombre que le permitirá seguir la huella, la estela del amor adolescente. Y es que, como Melo ha explicado en varias ocasiones, "Uno no debe decir jamás una palabra, porque si la dice, la realidad deja siempre de pertenecernos".

La palabra, la melodía, el ritual funcionan, pues, como medios para que los protagonistas construyan sus espacios imaginarios; son frágiles puentes que les permiten —aunque sea por un instante— la participación con el otro. Pero también es cierto que esta posibilidad —debido justamente a su carácter evocativo— los remite al fracaso. En *Los muros enemigos* abundan los ejemplos sobre este punto. Pensemos en Enrique, personaje de "Los amigos" que intenta reavivar sin éxito su deseo por Andrés cuando recorre una y otra vez el camino hacia la casa del amigo muerto o cuando silba la señal que los hacía cómplices del mismo secreto. Pensemos también en el protagonista de "Cihuateotl" que, desde la culpa, repite su historia para tratar de enmendarla.

En *Fin de semana*, la problemática del doble está presente en los tres cuentos que integran el volumen. Concebido a la manera de un *ritornelo*, "La hora inmóvil" funciona como un conjunto de espejos enfrentados en el que los dos protagonistas —guiados por el narrador— reproducen la historia de sus padres, que, a la vez, será reproducida hasta el infinito por las generaciones que les siguen como una suerte de ley ineludible. En "El verano de la mariposa", la tímida y mediocre señorita Titina adopta una personalidad más desahogada gracias a que, azarosamente, se prueba el vestido de la señora Lola. El cambio de vestido, el ritual que la solterona lleva a cabo en el río le permiten salir por un momento de la crisálida y conocer al "enemigo", a ese ser amenazante con quien, lamentablemente, no podrá tener un encuentro erótico. Por último, en el tercer relato, Antonio adquiere, por la fuerza de la repetición, la personalidad del amigo mientras que, en forma simultánea, en el narrador de la historia se lleva a cabo el mismo proceso de identificación que ha hecho posible la mutación de Antonio en Ricardo.

Siempre dobles, evanescentes, escondidos, mentirosos, disfrazados, los personajes de Melo se escabuyen como peces en el agua: son otros y los mismos, como ese signo —Piscis— que, si de alguna manera marcó la vida de Melo, en su obra terminó convirtiéndose en destino. ◇